

## PEDRO SEVYLLA DE JUANA “LA DERIVA DEL HOMBRE”

Manuel de la Puebla  
Poeta, ensayista, crítico

En una primera impresión el libro impacta por la intensidad del pensamiento y el dominio del lenguaje. No es obra librada a la improvisación, hija de un arrebató romántico; sí de una pasión duradera. Aunque nos deslumbra a veces con disparos geniales, el discurso proviene más de la reflexión que del relámpago. Obra del tiempo, como se aclara en la contraportada: “El autor recoge en el presente libro el trabajo de los últimos diez años y la filosofía destilada en el alambique de la vida, sumándose así a las vanguardias poéticas actuales”.

El libro no es obra de fácil clasificación. Pertenece al ensayo por el carácter expositivo, diseminado en numerosos fragmentos. A la filosofía, por la visión y enjuiciamiento de la realidad. Y pertenece a la poesía –la clasificación que prefiere el autor– porque muchas de las ideas son poéticas en sí mismas y porque configuran un ente poético, lo exhiben y lo modelan, y porque lo hacen, además, en el lenguaje más original y adecuado: el de las imágenes, nuevas, frescas, audaces; sin importar la forma aparente de la prosa en que están escritos los párrafos, porque esa prosa lleva un ritmo, entonación y volatilidad propios de la poesía. Es, además, todo el libro, una autobiografía y una poética.

Vislumbro en él un proceso que se desarrolla en círculos concéntricos. Uno que ata la infinitud con la individualidad; otro la universalidad con

el poeta, y el de la cosmogonía fundante que absorbe lo biográfico.

En cuanto a la estructura externa, la primera de las cuatro partes “Amanecer de pan y de simiente” es la más densa en la relación, en la expresión conceptual y en el involucramiento poético, correspondiente al nacimiento. La segunda, “La aldea itinerante”, es una ampliación del itinerario personal en el mundo cultural y humano. La tercera, “Mis pies sobre la tierra”, es la fijación en la historia humana, y en la vida, mediante una caracterización muy acentuada del sujeto hablante. Y la cuarta, “Crecido a la intemperie”, pertenece a la misma naturaleza que la primera: meditación, visión filosófica, interpretación racional y poética. El todo constituye una parábola sintetizada del hombre.

Desde las páginas iniciales de la primera parte he visto el reflejo de un saber preciso e inmenso; reflejo de un pensar profundo, tan seguro en sus afirmaciones (esta es una palabra clave) que parece el discurso de un visionario. El pensar y el decir parecen simultáneos. Simultáneos van también la filosofía y la poesía, en un sintético desove del espíritu. Es el poema del génesis; la ordenación de un mundo que nace en la eternidad y se desarrolla en la infinitud. Posee, por eso mismo, un aliento cósmico, ámbito natural del pensamiento anterior a la palabra. Mundo naciente en un momento clave, origen del tiempo historiable, sujeto ya a

los números. Pensamiento y poesía son simultáneos, dije, porque al nacer, al recibir la luz, están revestidos de imágenes, porque nacen de la unidad en donde el lenguaje se origina. La eternidad, la infinitud, lo cósmico y lo telúrico, se entretejen para formar un universo conceptual, inabarcable, en el que participan todas las cosas y hasta las contrarias adquieren sentido.

Después del impacto del primer capítulo, al caminar por el segundo se advierte un descenso en la intensidad (poética y filosófica), aunque el pensador y el poeta que hay en el hablante captan el mundo visto en los viajes en forma trascendente y el libro recoja la dispersión geográfica del hombre primitivo y el permanente mestizaje que explican al hombre actual. Se reconoce en Pedro Sevylla al observador y al informador bien capacitados. De modo que el contenido, más propio de un libro de viajes que de un texto de pensamiento y de interpretación poética, da sentido al título y lo justifica: “La deriva del hombre”, término marinerío que expresa la distancia existente entre el punto de destino y el punto de arribada, entre lo deseado y lo conseguido”.

En la tercera parte se entrelazan fragmentos narrativos con descripciones breves y notas de carácter autobiográfico. Aquí se ve el nacimiento de la vocación poética, el mundo de sus lecturas y el de su educación; la filosofía de vida y las reflexiones de orden social que conducen a la caracterización profunda del poeta.

La cuarta, de la misma naturaleza que la primera, se resume en la entrada del ser humano en la existencia, la acomodación suya en el mundo y su desarrollo; en la realización de una obra como función creadora y el traslado de

lo aprendido a los que le suceden. A ese ser le corresponde la imagen de ente superior, aunque fluctúe entre ilusiones y crisis, dudas y claridades, encuentros y rupturas. Para pasar, a continuación, de esta figura modélica a la representación del sujeto hablante, en sí mismo y dentro de la sociedad. En ella perdura la atadura con el pasado, que fija los carriles al presente y al futuro.

“Hierve el hombre de entusiasmo, puchero expuesto al sol rojizo del estío, y se agita como un niño obstinado, insatisfecho y crítico, que quiere ver plegado el universo mundo a su capricho. Portador de un cántaro de luz sobre la cabeza, lo vacía insistente y obsesivo, lago oscuro de la noche interna”.

“El hombre, la persona -no el dios, el semidiós o el héroe de leyenda- el individuo, el prójimo, el ser humano, alberga en el altar erguido de su pecho una dolorosa incoherencia: ama al animal que lleva dentro y, sin embargo, desea distanciarse al menos veinte metros”. (p. 105)

Se trata de un ser que ha superado “los antiguos conceptos, las normas que no regulan ya lo irreprimible” (p. 106) El hombre posee una libertad omnímoda que Pedro Sevylla de Juana ve confirmada en el arte y en la redacción de la doctrina universal innovadora.

Estas ideas le conducen a la reafirmación de la grandeza humana y “en ese momento culminante, olvidando antiguos sinsabores, la filosofía, la técnica y el arte -como suele ocurrir cada dos o tres generaciones- entre aspavientos renacen”. (p. 106)

Como descansos de una línea tensa expositiva, aparecen algunas páginas hermosas, dedicadas al silencio, a la soledad, a la época de la cosecha en

Tierra de Campos o El Cerrato, tormenta y sequía; a las que se suma la apocalíptica escenificación provocada por el terrorismo el 11 de marzo de 2004 en Madrid.

Entre temores y dudas concluye el poeta preguntándose por el destino, el rumbo del mundo y su defensa frente a los poderosos “Quién impedirá que a nuestra arcilla vacíen en moldes inhumanos los que hacen herramientas de las vidas. Quién acogerá las excepciones, quién será de lo diverso garantía. Quién nos librará de la ortodoxia, quién nos sacará de la estadística, ¿quién sobrevivirá al sistema, si muere la Utopía?”

Con **La deriva del hombre**, Pedro Sevylla de Juana añade sus versos al “inconcluso Poema que escribe sin descanso la vieja humanidad”.

“Hembra o varón emergidos de la bestia, vigorosa mocedad, vejez pausada, cada uno de los múltiples poetas lanza un grito de esplendor incandescente o un vagido de amortiguadas tinieblas, añadiendo al conjunto sus líneas incompletas”.

“Contradictorios versos del hombre confundido”. Pero “basta examinar con atención el prolongado Poema, de arriba abajo y de izquierda a derecha, para conocer el caminar errante de la tribu, el zigzaguo, la desencantada huída y el esperanzado regreso”.